

ENSAYO

MUJER Y TIERRA

dos coordenadas más allá de la civilización y la barbarie*

LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA**

Uno de los problemas capitales de Latinoamérica ha sido la extensión territorial, de allí que la literatura insista en ordenar el espacio y así conjurar el caos. A este respecto el naturalismo y una razón ordenadora parecen prevalecer en novelas como: *La vorágine* y *Doña Bárbara*, que utilizan la mujer y la tierra como metáforas indisolubles más allá de la simple dicotomía entre civilización y barbarie.

Esta homologación entre el alma humana y el "alma" de la vorágine, nos conduce a unos "seres" para la angustia y la derrota en un caos irremediable que se transforma en torbellino devorador. Estas dos "almas" tipifican una autobiografía dual, la confesión íntima del "ser" y la tierra a través del único elemento mediador y ordenador de la dispersión y el caos: la escritura.

Durante la evolución de la realidad textual encontramos importantes indicios que recurren a la imposibilidad; la selva es mujer, esposa, madre, afloro de los sentimientos, y no sólo cuerpo expoliado y maltratado, objeto del placer. En la mujer se hacen ciertos los placeres de la carne y el

* Este artículo es producto de un proyecto financiado por el CDCHT de la Universidad de Los Andes, Venezuela.

** Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

deseo. Mientras que la tierra es el espacio de la escritura, desde allí, se escribe una historia que a ratos abandona su asunción histórica y se vuelca melancólica sobre unos personajes que parecieran no soportar el peso de una transición entre la tradición y la modernidad.

Mujer y tierra son vértices que circundan lo profano al propender sobre un origen "mestizo"; ambas fecundadas por "padres foráneos" y sometidas a una "maternidad" que conduce hacia la incertidumbre identitaria. Puesto que, aún Latinoamérica corre tras la utopía de su identidad entre la profunda dicotomía entre universalidad y región. Dos puntos de distensión que intentan su punto de tolerancia a través de la escritura y la literatura.

La figura femenina, la violencia antepuesta a la mujer, el amor como sentimiento vedado frente a una realidad "infinitamente femenina" trasponen la realidad textual a inquietantes parámetros signícos representados por la *Ambigüedad pasional* que se ve claramente expresada en la aseveración de Arturo Cova en *La Vorágine*:

Más que el enamorado, fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo ambicionaba el don divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara en mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta.

La concepción de "amor" funciona como una aporía que se desdobra en diferentes pliegues que al final configuran la realidad textual. En principio y final, la ambición por el amor ideal [don divino, aun cuando esté fuera de toda la legalidad y "bendición de Dios"], es el ansiado camino a encontrar, la realidad vedada que se oculta entre espejismos de realización.

La "conducta amorosa" está llevada a través de la satisfacción del deseo, alejamiento del amor ético, edificador de grandes voluntades. Está la posesión del cuerpo y la pérdida del alma o la presunción de un "eunuco pasional" que represente al héroe que construirá la patria nueva, el ámbito del neo mestizo redentor. Ese es el caso de Santos Luzardo en *Doña Bárbara*; quien no ama a nadie y es amado e idolatrado por todos; es el representante del amor ético/pedagógico que edificará las simientes por venir y conducirá hacia el paraíso más allá de la llanura indómita.

Tanto doña Bárbara como Alicia conjugan la negación del amor en el plano ético. Son fragua donde decanta el amor "carnal", deseo y placer como concomitantes del pecado. El ser objetos en "el festín de su doncellez" las transforma en objeto de venganza y destrucción, la no cortesía del amor produce un "ceño duro y fuego maligno en sus ojos". Ahora todo se orienta hacia la castración del varón, una forma de quitarle el poder y supremacía frente a la mujer.

El cuerpo femenino se convierte entonces en instrumento de seducción no para el placer sino para la destrucción, el amor ético es sustituido por la lujuria, y de por sí el valor religioso del amor y su correspondencia entre los hombres es sustituido por los hechizos que llevan a lograr el objetivo. El cuerpo femenino, al igual que la tierra, trascienden hacia el "sucumbir" en el pecado y la culpa; la inmensa llanura y la selva son cuerpos seductores que "devoran" a los personajes y los hacen andar como "espectros", seres, de alguna manera, castrados en ese antagonismo por la supervivencia.

En ambas novelas; el amor es preámbulo a la libertad "no lograda"; el cuerpo es cárcel, la pasión que atrapa y recluye en medio de ensoñaciones paradójales que a la postre reivindicán la realidad textual. Alicia se resigna a la compañía de Arturo Cova, mientras que doña Bárbara se despoja de su condición andrógina de "marimacho" para sacrificarse por amor ante Santos Luzardo y así permitir la realización de la historia textual a través de la aparición de las posibilidades de realización.

Todo ello desemboca en un *juego de sustituciones*. La región cósmica con sus espectros y fantasmas puebla a ratos la conciencia del yo de la enunciación; dentro de la región geográfica, la cósmica, deambula anteponiendo e imponiendo límites imaginarios, pensamientos de pesadumbre que conducen a la desolación e imposibilidad

La vorágine de José Eustasio Rivera y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos apuntan sobre esa dirección y se abren en dos perspectivas: la búsqueda de la "ciudad cósmica" bajo el sueño de la "ciudad universal". Los dos ejes se entrecruzan bajo una posibilidad signíca de plantear alternativas de significación y diferentes lecturas sobre una "región literaria" a manera de espacio interno, imaginario, donde el drama de la inscripción

simbólica de quien escribe debe aparecer en esas dos caras mirando al nacimiento y a la muerte, hacia su individualidad y hacia la universalidad.

Ambas novelas giran en torno a un espacio indómito producto de la extensión y la desmemoria de la historia y los hombres. Es el escenario para que la realidad textual se funde en la búsqueda del "amor" y él se constituya en aporía que funciona a manera de "unción salvaje" y combina fuerza y sensualidad; artificios para dominar y subyugar. Ese amor, la ausencia de él, o la búsqueda infinita por lugares inconmensurables, lo fundamentan a manera de parábola de creación literaria y concepción ideológica que intenta abrir nuevos signos de prosperidad para la tierra latinoamericana.

Doña Bárbara es la rebelión de un cuerpo profanado y ultrajado que no llega a contener ni su "alma india". Es por extrapolación una rebelión más allá de los índices históricos donde el "indio" por mansedumbre y derrota asume su condición de dominado. Aquí se quiebra el vértice y, la venganza, asume el cuerpo de mujer, toma las riendas del discurso sólo abatido por Santos Luzardo.

Este "ángel caído", cual Lucifer, tiene su belleza y embrujo que se yergue como principal e infalible arma: "su belleza había perturbado ya la paz de la comunidad. La codiciaban los mozos, la vigilaban las hembras celosas". Todas las miradas coinciden sobre un mismo referente: el cuerpo deseado y apetecido, pero por una paradoja concomitante la redención de un bien personal se convierte en mal colectivo y, la belleza se hace maligna, el cuerpo bello y lujunoso una connotación de pecado. La violencia se inclina a la sumisión de los hombres frente a doña Bárbara, quien impone su poderío a través del desamor y el terror. Bajo la satisfacción del cuerpo y no del alma, los hombres sucumben en las fauces de ese "pecado" que los reduce de su condición humana.

Dentro de los conflictos puntuales del personaje Arturo Cova está su ubicación tentativa entre dos horizontes: ser escritor o adecuarse al violento ambiente que lo rodea, la última alternativa triunfa sobre la primera, ocurre todo lo contrario con respecto a *Doña Bárbara*, donde existe un consumado triunfo de la palabra civilizadora frente a la barbarie, luego que es "vencida" la mujer indómita se puede redimir la tierra, antes no, y lo que

muestra la profunda relación de estas dos instancias como "metáforas cruciales" en la historia textual.

La misma ambigüedad con que se mueven los personajes en esa búsqueda de lo inmanente, se encuentra alegorizada con respecto al espacio geográfico. Es tierra de contrastes paradójales la que sirve de escenario a la "complicada" historia de "amor" estructurante del relato: "esta tierra lo alienta a uno para gozarla y sufrirla. Aquí hasta el moribundo ansía besar el suelo en que va a podrirse". Esta búsqueda de la inmanencia en *La vorágine* se hace dual; por una parte se ansía el amor sublime que reconforte las almas y otorgue la paz a los espíritus y, por la otra, se intenta alcanzar una tierra prometida, simbolizada en este caso por la llanura y el desierto, el ensanchamiento de los horizontes a manera de metáfora de la realización.

El hombre y la muerte también se articulan en esa instancia paradójal, puesto que la búsqueda se circunscribe a una "intención" personal y no a una incorporación colectiva, lo que les da a los personajes una cierta "beligerancia" épica y una "pertinencia" textual a mantenerse en función de paradojas y contradicciones. Existe una "ausencia" de sentimiento y una "cristalización" de un compromiso ético que metaforiza la "unción" con la categoría femenina: mujer, patria, nación muy cerca del deseo y las metáforas de un cuerpo asediado por el pecado y la condena.

En estas circunstancias, todos los caminos conducen a la desmemoria y la disolución del "ser" latinoamericano como sustento de una conciencia "nacional". La evaporación de la "región" a manera de "proyecto nacional" y su ubicación dentro de la utopía al sentir el paso avasallante y firme de la modernidad, hacen un "constructo" ideológico que se sume en la ambivalencia: adorar la arrogancia de la selva y al mismo tiempo hacer votos por su conversión a los empujes civilizadores de la ciudad que extiende paulatinamente su manto prodigando las nuevas virtudes.

La figura femenina entroniza tanto a la mujer como a la selva en medio de un amor vedado; ambas son "esposas del silencio" y en ellas circunda el supremo ideal de construir sobre la tierra indómita la "ciudad luz" que una los hombres de la ciudad y la periferia; el punto de encuentro entre las disimilitudes históricas. Pero, esa búsqueda es dicotómica; pisando en el silencio se fundan sobre una "región literaria" los anhelos vedados

por la realidad. En este sentido, todos los caminos conducen al pecado, quien se aleje del "amor ético" o del lugar de la ciudad como lugar de la redención, está condenado a la destrucción; es el caso de Lorenzo Barquero a quien la vida le sonríe en la ciudad con sus estudios y al lado de una mujer bella, es decir en las fronteras de un "amor ético" de los que conduce a la realización plena.

El amor y la "región" se emparentan en la disolución de los anhelos, la conspiración de la muerte frente a la vida o la intromisión del dolor frente al placer; en *La vorágine*, "esta tierra lo alienta a uno para gozarla y sufrirla", en *Doña Bárbara*, la cosmovisión paradójica de la llanura: lo terrible es cándido, casi inocente: "La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben holgadamente hermosa vida y muerte atroz [...] El llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre". Hombre y muerte son "elipsis textual" que inunda la descripción ensañada del espacio que despierta y se despide a la vez; la vida que se mueve, la región que pierde su vorágine. Es una autobiografía de la tierra que siente su ocaso en el arrebol de las ideologías y el conjuro de la historia venidera que homologa "alma humana" y ambiente físico; "seres" para la angustia y la derrota:

Mi corazón es como una roca cubierta de musgo donde nunca falta una lágrima: ¡Hoy me ha visto usted llorar, no por flaqueza de ánimo, que bastante rencor le tengo a la vida, lloré por mis aspiraciones engañadas, por mis sueños desvanecidos, por lo que no fui, por lo que ya no seré jamás!

Cova, el personaje central de *La vorágine* resume en esa angustiosa revelación el grito de la selva que se diluye en la memoria de los hombres ante la llegada de la contemporaneidad.

Es la concreción de "la muerte del centauro" que en *Doña Bárbara* representa el sacrificio de la utopía ante la "necesidad" del progreso que llega con la justicia de Santos Luzardo y la cerca como instrumento civilizador. Santos Luzardo es el "ser mesiánico" que trae buenas nuevas, el hombre que vendrá y para lo cual es necesario "suspender" la historia y comenzar nuevos trazos, tal y como lo metaforiza doña Bárbara al querer des-

baratar los caminos andados y encontrar la redención que habita en el amor deseado: "Para ser amada por un hombre como Santos Luzardo es necesario no tener historia". Volver a la concepción virgen e inmaculada que la violencia del llano y la selva le robaron a estas "tierras de gracia" y concebir el hombre nuevo sobre las ruinas del patriarca y los efluvios épicos.

El ideal perseguido consiste en la búsqueda de la palabra que redime en medio de una condenación eterna que se hace inevitable, tal cual, lo marca en reiteradas ocasiones el discurso narrativo al señalar el camino a la muerte y la desolación, cerrando toda posibilidad al ahogar la "realidad textual" en el vértice del caos y la hecatombe. Ello crea una "utopía" que enmascara una ideología bajo el pretexto de redimir la "vorágine" a través de las almas libres y los espíritus limpios que son arrastrados por la turbulencia y circunstancias.

En este sentido, la utopía se hace traslúcida en la búsqueda del ideal que se mantiene a pesar de las transformaciones rurales, urbanas, contextuales, físicas, geográficas, haciendo más énfasis simbólico en la "región etérea" del alma y el espíritu, condenados irremediamente a un "fórceps" histórico que apaga todos los rescoldos de realización que surgen tímidamente en medio del ambiente feroz de la llanura, la selva y el desierto: "La quimera que persigo es humana, y bien sé que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor". Es el grito silente que trasciende en *La vorágine*; el ideal, transformado en utopía al desmoronarse en medio de la realidad:

Mas han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que
mi ilusión reconozca su derrotero; y viviendo entre mujeres sencillas,
no he encontrado la sencillez, ni entre las enamoradas el amor,
ni la fe entre las creyentes

Las dos "realidades textuales" discurren desde una "región vencida", agotada por el tiempo y el espíritu: "Su queja tenía la desesperación de las vencidas y era semejante a mi sollozo, ese sollozo de las aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque lo disimulen mis labios", es el lamento de *La vorágine* que devora a los hombres y se devora a ella misma en un sordo y ciego trasegar hacia la ciudad que surge a sus costados

y amenaza su presencia histórica. Es una región que camina hacia ella misma junto a todos sus seres, magias y maravillas, un viaje retrospectivo que le guarde de la desmemoria y el desamparo de la historia; así lo interpreta el personaje Ramiro de *La vorágine*: "¿Volver yo a las ciudades, desmedrado, pobre y enfermo? El que dejó sus lares en busca de fortuna no debe tornar pidiendo limosna. Por aquí nadie conoce mis vicisitudes, y la miseria toma aspectos de voluntaria renunciación".

Tanto *La vorágine* como *Doña Bárbara* representan un "compromiso ético" de la escritura; la "región" se fusiona a manera de concepción ideológica, enaltece las empresas altruistas y estimula afanes de justicia en un medio donde el comercio, las baratijas, la piratería, la explotación del caucho y la lucha por la tierra, muestran una "región" expoliada por los mercaderes y abandonada por los hombres, soporta los últimos alientos de la gendarmería patriarcal y los caciques familiares.

Es el grito irredento en medio de un cuadro desolador y desolado para conjurar la desigualdad histórica que subsume a la "América mestiza" desde sus mismos orígenes. La utopía se transforma en una poderosa palanca del progreso, especialmente del progreso social, apuntalada por su aguda crítica social, intención constructiva, ataques a los síntomas de decadencia social y una cifrada esperanza en la construcción humana del destino. La literatura se transforma así en selva y llanura indómita para encender una lámpara de fe y optimismo, un canto por los vencidos junto a una región que se niega a la desmemoria; es por ello que en medio de *La vorágine* se escucha el tono aleccionador: "La mansedumbre le prepara terreno a la tiranía y la pasividad de los explotados sirve de incentivo a la explotación. Su bondad y timidez han sido cómplices inconscientes de sus victimarios". En esta "región" transitan aún indios y peones rumiando sus esperanzas y pesares, reclamando el lugar histórico que les ha negado la historia de los vencedores.

La utopía se acrecienta en el mundo que vendrá, la temida selva se transfigura en la "jungla urbana" y la ciudad derruida asomará a los palcos literarios para seguir soñando con una región indómita que ha sucumbido al paso de los taladros y el concreto. La región descuelga como utopía, se abre en el discurso literario, muestra sus entrañas, y con la enunciación misma, regresa a ese estado de latencia dentro de la memo-

ria. Es un juego del eterno retorno que cavila frente a la sensibilidad amenazada que se abre horizontes frente a los caminos que se bifurcan: "la sabana que es toda ella, uno solo y mil caminos distintos" arengan nostálgicos los personajes de *Doña Bárbara*.

Ambas novelas cierran estrepitosamente su discurso y realidad textual, tan igual como las fauces de la selva devoran a Arturo Cova y sus expedicionarios: "Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastros de ellos. ¡Los devoró la selva!" Idéntico destino incierto corre doña Bárbara, se diluye entre literatura y espacio histórico para estar en todas partes y en ninguna. Esa región que cierra estrepitosamente "de más lejos que más nunca" abre las posibilidades de una búsqueda que no concluye porque es la búsqueda misma, de la cual echamos mano al querer acariciar la sensibilidad y volverla palabra trascendente al sentirnos devorados por la realidad circundante: "La energía sobrante, la búsqueda del Dorado, el atavismo de algún abuelo conquistador". Siempre tomamos a la selva/llanura como metáfora de la ocultación y permanencia de un mundo o región que todavía subyace en la memoria de la contemporaneidad latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

- Gallegos, Rómulo. (1958). *Doña Bárbara*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Rivera, José Eustasio. (1962). *La vorágine*. Buenos Aires: Editorial Losada.



Foto: Javier Márquez